

# Charcutería humana

Silvia estaba muerta.

Yacía en la cama, bella y relajada. Se notaba que había sido envenenada por la baba blanca que colgaba de la comisura de sus labios.

*Flores muertas.* Julio César Cano

Silvia era la madre de mi mejor amigo, Iker. Íbamos a la misma clase y teníamos las mismas aficiones. Yo conocía muy bien a su madre y me caía bien.

Han pasado muchos años después de la muerte de Silvia, pero sigo recordando ese día como si fuese ayer.

Ese día había quedado con mi amigo en su casa para jugar juntos. Me lo encontré en el portal, estaba pálido, pero me dijo que estaba bien. Subíamos por las escaleras y lo notaba cada vez más nervioso, pero me aseguró que no le pasaba nada. Solo al abrir la puerta, no pudo contenerse y echó a llorar.

Iker sufrió mucho cuando vio a su madre envenenada y a su padre tumbado en el suelo encima de un gran charco de sangre, con un brazo cortado y colgado en el balcón junto a los chorizos y las morcillas. A mí también me impactó mucho.

Le pregunté a Iker quién podía haber cometido tal crueldad y me contestó que tal vez alguien habría entrado en casa y los habría matado.

El caso se cerró y el juez dictó que fue un asesinato, pero nunca se llegó a saber quién lo cometió.

Desgraciadamente, ahora sé quién los mató. No me lo esperaba, pero cuando Iker me lo juró varias veces, no tuve más remedio que creerle.

Él mató a sus propios padres. Me dijo que su padre maltrataba a su madre, le pegaba, la insultaba y a él, que le gustaba la literatura, lo llamaba *maricón*.

Mató a su madre para que dejara de sufrir y a su padre, como lo odiaba mucho, le cortó el brazo porque cuando él encadenaba a su madre en casa le decía que si escapaba de casa le cortarían el brazo, lo colgaría junto a los embutidos y le decía que no podría ser un escritor con un solo brazo.

Más tarde, Iker se envenenó con estricnina, tal como vio hacer a su padre para matar a los zorros que se colaban al corral para comerse a las gallinas.